

propiedad exclusivamente suya, provocaron espontáneamente la guerra civil y firmaron el decreto de muerte en medio de una orgía, sin fijar siquiera la atención en lo dudoso de la lucha? ¡Tan insolente y estúpida era su profunda ceguera!

Heróicos defensores de los Borbones, los que encomiais sus virtudes sin olvidaros de las vuestras, los que ponderais los padecimientos que en tierras extranjeras habeis tenido que sufrir, ¿llegará por fin un día en que renunciéis á vuestras injustas pretensiones, y para merecer vuestro perdón os digneis oír la voz de la prudencia y del arrepentimiento? Creednos, y no os dejéis ahogar ya mas de quiméricas ilusiones! Desde febrero, desde la época en que el pueblo entró como vencedor en las Tullerías, los reyes se han convertido en una cosa imposible para la Francia. No traéis, pues, de imponernos por medio de amenazas ni de vanas promesas. Dejen sus vástagos malhadados, á quienes sin embargo, no acusamos de las faltas cometidas por sus padres, dejen de contar con la herencia de un trono, cuyos últimos restos el pueblo ha arrastrado por el cieno de las calles.

El autor de las *Misceláneas políticas*, á pesar del ascendiente que su talento debía ejercer en las masas, halló muy pocas voluntades dispuestas á seguirle. Pudo reanimar el tibio fervor de algunos legitimistas que sin él se habrían llegado insensiblemente á olvidar hasta del primitivo objeto de su culto, mas no consiguió la gloria de recibir en su campamento muchos desertores, y se distinguió mas por la lealtad con que defendió sus principios, que por los servicios que pudo hacer al joven príncipe, objeto de su adoración. Un hombre vulgar que hubiera manifestado tanto arrebató en sus propias opiniones habria sido perseguido, ó por lo menos se habria convertido en objeto de burla, pues hace ya mucho tiempo que la causa de los reyes no puede sostenerse con la formalidad necesaria para que pueda esperarse alguna probabilidad de triunfo. Pero Mr. de Chateaubriand, merced al glorioso prestigio de su nombre, adquirió con esta conducta nueva celebridad á su política excepcional, y el interés de su reputación, y la voz de su conciencia le inspiraron confianza hasta el último instante.

Mas si todo el mundo está de acuerdo en admirar la constante fe del legitimista creyente tanto como el talento admirable del prosista, otro escritor no menos caro á la patria no ha participado de sus opiniones ni abrigado las mismas esperanzas bajo su bandera. Mr. de Beranger, el cantor idolatrado del pueblo, conservó siempre la mas sincera admiración y el mas entusiasta afecto hacia ese grande hombre; mas al ver que este corría á su ruina por su adhesión á la causa de los Borbones, le dedicó unas estancias en las que se pintan con admirable perfección las diversas opiniones de esos dos eminentes escritores. El lector nos permitirá que le presentemos algunas de ellas, aunque despojadas del mágico halago de una sonora versificación.

«Chateaubriand, ¿por qué huyes de tu patria? ¿Por qué huyes de su amor, de nuestra admiración y de nuestra ternura? No la oyes exclamar con dolorido acento: ¿en mi brillante cielo se echa de menos una estrella?»

«Al volver la familia de los antiguos reyes, Chateaubriand, que siempre ha sido el mas religioso apoyo de su cetro creyó que los Borbones adoptarían por hija la libertad, cuya nobleza no necesita de antiguas alcurnias.

«Era la época en que fecundando la historia, la terrible espada, terror de las naciones, brillaba en el astro de la gloria y hacia llegar hasta nosotros sus rayos.

«Chateaubriand empleó su elocuencia en obsequio de aquellos reyes, y á manera de un genio benéfico derramaba con su encanto flores y perlas sobre el an-

tiguo trono cuanto mas manchado se veía de orin.

«Pero al mismo tiempo conservaba la memoria de nuestros derechos, y los insensatos dijeron: el cielo en que habita ese hombre es hermoso; arrojémosle y apaguemos su gloria como se apaga una antorcha en medio del día.

«Y quisieras tú acompañarles ahora en su caída! Acaba ¡ah! de comprender su orgullo insensato. En el número de males que su ingrato corazón imputa al mismo cielo, cuentan tu lealtad.

«Sirve, sirve á ese pueblo que lucha contra su orgullo, ese pueblo, admirador de los grandes talentos que al triunfar en las barricadas te llevaba como un trofeo en sus brazos llenos de cicatrices.

«No te consagres mas que á su causa: en su nombre te conjura mi voz á que vuelvas cuanto antes despues de tan triste despedida. La causa es santa, y todo hombre grande consagrado al pueblo, es un enviado de Dios.»

Nadie mejor que Mr. de Beranger habria podido tener la gloria de arrancar á Mr. de Chateaubriand de su idolatría, si esto hubiese sido posible; pues nadie podia pintarle de un modo mas dedicado su amor á los Borbones y reprimirlo con mas elegante finura, mas estaba decretado que muriera como habia vivido, es decir, siendo leal á los principios de su familia, sin hacer caso de todas las razones que en el curso de su agitada vida se le habian presentado para desertar del ara de sus falsos dioses y justificar su apostasía ante el tribunal mas severo. La indiferencia con que los Borbones pagaron el afecto de un hombre tan ilustre demuestra cuán indignos son de tener á su servicio un defensor tan generoso y constante. Pero sigamos adelante con nuestras reflexiones.

Mr. de Chateaubriand se deja llevar á igual extremo de fanatismo al hacer el elogio de los Borbones que al difamar á Bonaparte: de manera que no podemos menos de preguntar con admiración cómo se engañó tanto en sus juicios un hombre tan insigne, suponiendo, como debemos suponer, que no quiso hablar de los hombres y de las cosas mas que con arreglo al espíritu de justicia y de sinceridad. Despues de haber perseguido á su víctima hasta en el fondo del destierro, despues de haberle lanzado la última maldición sobre su dolorosa roca, viene precipitadamente á incensar á su rey al pié del trono. No acertamos á comprender por qué razón Chateaubriand, despues de haber descargado toda su indignación sobre los aduladores de Bonaparte, puede convertirse espontáneamente y con la mayor exageración en adador de su monarca. Nada de particular tiene que le ame, ni que le suponga capaz de hacer la felicidad de su patria; pues esa es la conducta que debe observar todo vasallo sincero y leal; pero donde campea particularmente su espíritu de partido es cuando poniéndolo en paralelo con Bonaparte, dice que aquel desciendo de una raza divina, que es inaccesible á todo espíritu de venganza, así como á toda preocupacion, y que está dotado de vastos talentos, adornados de profunda elocuencia. Finalmente Luis XVIII en concepto de Chateaubriand es el amigo de las letras: tiene las ideas, la moderación y el buen sentido necesarios á un monarca; al llegar á París le saludó todo el pueblo postrándose de rodillas, besó sus vestidos y derramó torrentes de lágrimas de regocijo, de ternura y de agradecimiento. El señor conde de Artois es un modelo de sincera lealtad distinguiéndose particularmente por su piadosa ternura y bondad, así como por su carácter eminentemente francés. El señor duque de Angulema es el heredero de las virtudes del Bearnés: no han visto los ejércitos franceses caballero mas bizarro que el duque de Berry, y por último el señor duque de Orleans ostenta uno de los mas ilustres nombres de Francia. Despues de ese retrato de la familia real, trazado por un autor enemigo de los aduladores, sigue

esta frase acerca de cuyo sentido no podemos menos de llamar la atención del lector. «Si nuestros legítimos soberanos llegaran á faltarnos, el último de los franceses debería ser preferido á Bonaparte para sentarse en el trono: con él por lo menos nos libramos del baldón de tener que obedecer á un extranjero.»

Mas de una vez debió Mr. Chateaubriand arrepentirse durante su vida de haber pronunciado tan extrañas palabras. Muy pernicioso sería tomarlas en su sentido literal, si es que hay un alma tan apocada que sea capaz de hacerlo.

No se limita el autor á celebrar el regreso de su rey, sino que felicita también á los aliados por sus triunfos que en su concepto no son mas que una lección que el cielo da á la Francia sin reducirla por eso á la humillación, y siendo justamente merecida, debe darse por satisfecha de su vencimiento.

«Los aliados, dice el autor, son unos libertadores pacíficos y no unos conquistadores: vienen á inmortalizarse dando al mundo un notable ejemplo de moderación en la victoria. ¡Que de injurias tenían que vengar! Mas han sabido no confundir á los franceses con el tirano que los oprimía, mereciendo por eso recibir el premio debido á su magnanimidad, y siendo recibidos de los habitantes de París como si hubiesen sido nuestros verdaderos soberanos, como unos príncipes franceses, como Borbones. Somos demasiado sensibles á la gloria para no admirar á ese lord Wellington que de una manera tan noble y ostensible nos recuerda las virtudes de nuestro Turena.»

¡Como pudo Mr. de Chateaubriand sofocar hasta este punto todo sentimiento de nacionalidad! ¡Los aliados pacíficos libertadores! ¡Que han sido recibidos en Francia como sus legítimos soberanos, como los Borbones! ¡Ah! ¡Teja guirnaldas el que no sea amigo de la Francia para adornar la frente de esos inmortales! ¡Levante un templo á la memoria de Wellington!... Nosotros los que hacemos justo alarde de amar á nuestra patria nunca podremos contemplar sin dolor sus padecimientos; y nos guardaremos bien de llamar héroes y bienhechores á los que ayudados por la traición han interrumpido el curso de las victorias de la Francia volviéndola á poner bajo el yugo de los pérfidos monarcas de cuyo cetro habia logrado redimirse.

A pesar del respeto que el autor de las *Misceláneas políticas* nos inspira, no podemos menos de experimentar un profundo sentimiento de admiración y tristeza al ver cual se regocija de las calamidades que caen sobre su país y cual colma de bendiciones á los que la cubren de luto y de afrenta. No nos es difícil comprender que su ilusión fanática no encuentre un personaje mas bello ni magistoso que su rey; aguantamos sin soltar la risa que nos diga con toda formalidad que la cabeza de aquel monarca es magnífica; que su mirada es á la vez propia de un rey y de un hombre de talento, y que al verle, sentado en su silla de brazos, teniendo el bastón entre las rodillas casi cubiertas con los anchos botines de terciopelo encarnado, podría decirse que se está viendo á Luis XIV á los 50 años de edad. Nada hay de reprehensible en todo esto; pues en efecto cada cual puede ver los hombres y las cosas á su manera, y por lo tanto Mr. de Chateaubriand es muy dueño de encontrar expresiones de nobleza, de magestad y de arrogancia en la actitud de un monarca gotoso y obeso, solo porque tiene su bastón entre las rodillas y lleva botines segun la moda antigua. Puede hasta cierto punto consentirse que cada cual se obceque por lo tocante al mérito de sus parciales, ó de las personas amadas: eso es una flaqueza propia de nuestra índole, y nadie se libra de tener sus ídolos mas ó menos dignos de admiración y alabanzas; pero lo que aflige á todo corazón generoso y sensible, y mas bien dicho, á todo corazón honrado, que ama ante todo á la patria, y desea su gloria y felicidad, es ver que un hombre de

talento se adorna con orgullo de la librea que le manda poner el extranjero, besa servilmente la mano que remacha los grillos de la nación, canta himnos á la odiosa conquista, cuando debiera entonar cánticos de dolor sobre las ruinas de su patria y ofrecer una fúnebre corona á las libertades hundidas en la huesa. «Todo hombre grande es un enviado de Dios cerca del pueblo que padece,» le decía en otro tiempo Mr. de Beranger. Palabras tan interesantes como sublimes que lo fueron inspiradas por un sentimiento enteramente contrario. En vez de aprovechar Mr. de Chateaubriand en beneficio del pueblo afligido y humillado la vasta capacidad que recibió de la Providencia, usó de ella como de una arma contra ese pueblo, añadiéndola á las bayonetas de los cosacos, como si la Francia no hubiese tenido bastante que lamentar al ver sus campañas arrasadas por los ejércitos aliados.

¡Oh patria! Es tan dulce y decoroso el amarte y servirte! Es tan natural al armarse en defensa tuya! ¿Es posible que haya franceses que traten de aumentar su celebridad personal halagando á los que te deprimen, y manifestando deseos de que vayan siempre sus pasos acompañados de la victoria? Afortunadamente esos hombres no son tan peligrosos como parece: todo el mundo se rie de su vanidad ó compadece su demencia, nadie sigue sus pérfidos consejos, y todos corren á unirse en torno de las banderas, cuyo lema, *Patria y honor*, ha sido siempre un objeto sagrado para todo buen francés.

M. de Chateaubriand nos hace luego una pintura del reinado de Luis XVIII como lo mas grande, glorioso y afortunado que las edades han visto. La Francia se hallaba desolada; aquel monarca le prodiga consuelos; estaba llena de humillación, Luis XVIII la enalteció con su poderosa mano; las artes gemían en el olvido y en la esclavitud, él las hizo florecer como por encanto, y bajo la protección de su cetro produjeron nuevas maravillas. La nación se veía abrumada de deudas y de miseria; todo se ha pagado, para todo hubo remedio bajo la protectora influencia de aquel, cuya voz dictaba leyes volviendo á poner en circulación todos sus recursos, dando nuevo pábulo á su fecundidad. No dice una palabra el autor acerca de aquellas borrascosas turbulencias parlamentarias que turbaron la tranquilidad de aquel pacífico reinado, ni habla tampoco de aquella enorme indemnización que hubo que firmar en favor de los aliados para pagarles á precio subido la pólvora que quemaron contra la triste patria y el malhadado servicio que hicieron entrando en la capital. ¡Ah! Si Luis XVIII en vez de consultar á sus ministros, hubiese tratado de saber la opinión de la Francia, de esa Francia que jamás se ha negado á pagar sus deudas, ella le habria dicho lo que creía deber al extranjero, y este no hubiera tenido mas remedio que contentarse: la nación le habria dicho por boca de sus hijos al débil monarca. «Señor, os sostenemos, porque la paz es el mayor bien que apetecemos, y porque no confiamos en que otro que se coloque en vuestro puesto nos dé tampoco elementos de mayor felicidad; porque los reyes son todos exactamente parecidos en lo de ser fatales enemigos de sus vasallos, os sostenemos, porque hallándonos ya cansados de todo, hasta de gloria de que en realidad tenemos sobrada abundancia, no queremos vivir ya en lo sucesivo mas que de amor y de inteligencia; pero, por favor, no nos hagais pagar á nuestros enemigos las lágrimas que nos cuestan, los perjuicios que nos han causado, y las infames traiciones á que hemos tenido que sucumbir.» Así hubiera hablado la Francia; pero ¿merecía que se consultara su opinión? No sin duda, y por otra parte, ¿cómo habian de llamarla para testigo de las maquinaciones que contra ella estaban tramando?

¡Ah! Si: alaben ese reinado glorioso y los brillantes

hechos que le distinguieron: añadan á la historia de Francia una magnífica página mas, una página enteramente llena de grandeza, de independencia y de nacionalidad; demuestran nuevamente al pueblo francés lo mucho que por la gloria y bienestar de este pueblo se interesan los Borbones!...

El autor se extiende luego en lo tocante á la muerte de Luis XVI y pide á los que fueron autores de la sentencia de este monarca el derecho de derramar lágrimas por aquel trágico suceso, cuya memoria no puede menos de mirar con igual respeto que con admiración contempla sus virtudes. Lejos de nosotros la idea de criticar esa sensibilidad, por el contrario, confesamos que merece nuestra admiración, y que la contemplamos como el noble arrebató de un corazón generoso: además de eso á nadie puede negarsele el derecho de renovar con llanto la memoria de los que fueron objeto de su amor, ni de adornar con flores su tumba. No por ser poco adictos á la causa de los Borbones, pretendemos despojarnos del derecho de lamentar sus infortunios, aunque los hubieran merecido, pues la desgracia siempre será para nosotros un objeto de compasión; pero hay que advertir que este es un asunto tan sumamente delicado, y que por su condición exige ser tratado con tanto miramiento, que hemos creído obedecer á las sugerencias de la prudencia concretándonos únicamente á lamentar los tristes efectos de las revoluciones, y á desear con toda la sincera efusión de nuestra alma que jamás vuelvan á reproducirse en nuestra patria aquellas lúgubres y sangrientas jornadas, cuya sola idea hace que la sangre se hiele aun en nuestras venas. La nación francesa da cada día un nuevo paso hácia el progreso, y segun nuestro modo de ver tiene ya en la actualidad la dicha de haber salido del todo fuera del límite de la senda de los errores. Si fuese ahora la época en que Luis XVI permaneciera sentado en el trono, y la nación le acusara justamente de mucho mayor número de crímenes que los que se le imputaron cuando mantenía la corona sobre su desgraciada cabeza, es seguro que la nación retiraría de sus criminales manos el cetro que no eran dignas de empuñar, es seguro que la voluntad nacional le haría salir para siempre de un país, que no merecía gobernar; pero no levantaría un cadalso para castigarlo, porque al pueblo en su ilustración tendría presente, que un rey nunca es el único culpable de los crímenes que comete. La muerte de Luis XVI debe por lo tanto considerarse como el resultado triste si, pero inevitable de la época en que aquel soberano vivía. ¿No apareció también Carlos X como culpable ante la nación? ¿Qué hizo esta? Pagar por castigo el pan de su destierro. ¿No tuvo también Luis Felipe I desavenencias profundamente graves con la nación? ¿No salió en plena luz de su palacio en presencia de un pueblo irritado, que al verlo volvió generosamente la vista hácia otro lado para darle tiempo de ponerse en seguridad?

De la muerte de Luis XVI pasa M. de Chateaubrand á los emigrados y trata de justificarlos de las inculpaciones que contra ellos resultan en concepto de algunos. ¿Qué habian de hacer, dice el autor, sino huir al verse insultados, al ver sus palacios quemados, y sus personas perseguidas de mano armada, ó arrastradas tal vez arbitrariamente á un cadalso? ¿Habrá quien se atreva á negar la persecución? ¿No se conservan aun aquellas listas de proscripción con sus correspondientes firmas al pie?

Nada de eso ignoramos, responderemos nosotros á M. de Chateaubriand; pero sin tratar de prejuzgar por nuestra parte la cuestión de si hubo ó no motivo para tratarlos de ese modo, nos concretaremos únicamente á preguntaros ¿qué es lo que vosotros hicisteis para evitar aquellas tropelías, que habriais debido prever como inevitable consecuencia de una

época en que los partidos estrellándose con todo su furioso encono no escuchaban mas voz que la de su conveniencia, ni cedían á mas inspiración que al ciego impulso de sus resentimientos y su venganza? Os tomásteis la molestia de descender á concesiones que habian sido mas útiles que humillatorias? No habrian sido vuestras fuerzas menores que las de vuestros contrarios por haber concedido lo que posteriormente habriais vuelto á recobrar: de esa manera habriais tal vez podido contentaros; los habriais indudablemente apaciguado, y todo lo demás habria sido obra del tiempo. Mas vuestra vanidad os hizo obstinados; vuestra insensibilidad sordos, y vuestros antiguos triunfos os inspiraron incredulidad. No aceptando nada de las nuevas condiciones, quisisteis conservar en su integridad los abusivos privilegios del tiempo pasado porque solo eran provechosos á vuestros intereses, y con semejante conducta exasperásteis los ánimos cuando aun no estaban mas que algo irritados, y no les dejásteis usar para con vosotros aquellos miramientos que vuestro orgullo de raza se ruborizaba de emplear para con ellos. Si hubieseis pensado generosamente en vuestro rey que sin disputa fue el mas digno de compasión de todos vosotros conociendo que no teniais bastante temple de corazón para servirle de escudo durante la tempestad, y que al rugir esta sobre vuestras cabezas le abandonarais miserablemente, habriais sido menos inflexibles y no le habriais voluntariamente dejado en tan cruel abandono. Mas á estas observaciones creemos que estareis dispuestos á contestar; que os hubiera sido demasiado costoso ceder el terreno á unos enemigos que detestabais, y cuyos derechos estabais muy lejos de reconocer: nos contestareis que el ceder hubiera sido faltar á lo que debiais á vuestra ilustre cuna, y á todos los privilegios que de ella se derivan, y por último nos direis que obrando de aquel modo, habriais consumado una vergonzosa fusión entre dos castas que la naturaleza previsora y sagaz ha tratado de tener continuamente separadas para dicha y dignidad del humano linaje. Sea en horabuena: no tenemos reparo en conceder que sois algo mas que el resto de los demás hombres; mas para eso, hombres soberbios, es decir, para entrar en el goce de vuestros privilegios, era preciso que hubieseis manifestado los hermosos títulos en que las razas privilegiadas fundaron sus prerogativas ó aspiraron á mantenerse en posesión de ellas: habria sido preciso que el pueblo hubiese visto brillar en vosotros las verdaderamente nobles prendas de fidelidad y de valor con que vuestros antepasados se captaron el respeto. Por consiguiente el partido mas ventajoso que en la actualidad debierais haber abrazado habria debido ser el de la guerra. Direis que vuestros enemigos habrian podido abrumaros por el número; pero ¿desde cuando esa nobleza tan altiva y magnánima cuenta el número de sus enemigos? ¿Decid mas bien, ya que tan alto raya vuestra vanidad, decid que os hallabais faltos de la prenda que con mas arrogante jactancia soleis ostentar en todas ocasiones: decid sin rodeos que en resumidas cuentas no amabais á vuestro rey? ¿Cómo es posible que teniendo amor al monarca le hubieseis abandonado el día antes de una gran batalla y sobre un campo en que las fuerzas que se prestaban á combatirle eran mucho mas temibles que todas las que podian emplearse en un combate ordinario? Confesadlo: sin el menor impulso de misericordia abandonásteis á un rey á quien deciais profesar tanto amor y cuyos derechos os parecían tan sagrados: luego para ocultar á vuestros propios ojos la ignominia de esa cobarde fuga, dijisteis que ibais á buscar un refuerzo, refuerzo ¡ah! que nunca habia de llegar. Nosotros, empero, nos sentimos propensos á disculparos: llegásteis á tener miedo de vuestros enemigos, y ese miedo os hizo huir, sin volver atrás la vista para libraros

de ver á vuestro rey que tendia hácia vosotros sus manos suplicantes. El terror, el terror os apagó la noble sensibilidad del corazón. Esto supuesto no habiáis tanto alarde de amar á los Borbones; pues aventurándoos á morir en obsequio suyo es como únicamente podriais haberles demostrado ese acendrado afecto que ahora quereis suponer. No hay cosa mas fácil que aparentar fidelidad, cuando no hay que acometer ningun peligro para sostenerla. No esperéis que esa especie de lealtad en que haceis consistir toda vuestra gloria pase nunca como una virtud segun nuestro modo de ver.

El autor despues de haber justificado á su manera la fuga de sus amigos, los emigrados, vuelve á tratar de los aliados prodigándoles los enfáticos elogios, y prometiéndoles con arreglo á su autoridad particular, una gratitud eterna por parte de la nación francesa. Muy en nuestro derecho estaríamos diciéndole que habria obrado con cordura al no ofrecer mas gratitud que la suya, ó por lo menos al no hacer gasto de la agena sin contar antes con la voluntad de sus dueños; mas nosotros no tenemos intencion de refutar ahora nuevamente la prodigalidad de sus acciones de gracias en favor de unos verdaderos enemigos que nunca se tomaron la molestia de hacer la menor cosa para complacernos, y que solamente atendieron á su propia seguridad y conveniencia, cuando mas aparentaron emplear sus afanes en obsequio de nuestros intereses. Preferimos dar sinceras gracias al autor por la buena opinion que en el pasaje de su libro á que nos referimos manifiesta tener respecto de los soldados franceses. Sea en buen hora, confesaremos que aunque de paso encontramos alguna vez espíritu de nacionalidad; pero por lo tocante á esta vez creemos que no hace mas que cumplir con su deber. Efectivamente, ¿cómo habria podido encontrar un medio para desentenderse de decir una palabra acerca de la gloria militar de la nación? ¿Cómo habia de haber dejado enteramente sepultada en olvido al bizarro ejército que en su gloriosa carrera paseó sus águilas triunfantes por casi todas las capitales de Europa? ¿El ejército francés es, por decirlo así, el brillante núcleo de todo el honor nacional. Ese ejército es quien (no tratamos ahora de enumerar sus repetidos triunfos) halló despues de la batalla de Moscou fuerzas bastantes para ganar la batalla de Lutzen; ese ejército es el que encorvado; pero no abrumado bajo el peso de la Europa entera se retiró rugiendo al corazón de la Francia, defendió palmo á palmo el patrio suelo, y estaba aprestándose para lanzarse á nuevos combates, cuando tuvo que poner coto á su denodado ardimiento, y reconcentrar en su corazón un patriotismo que en lo sucesivo no podia ya serle útil.

No deberian por cierto los aliados alabarse de sus últimos triunfos; pues nadie ignora que mas que á su valor fueron debidos á ocultas maquinaciones, y es una cosa fuera de duda, que si la traición no les hubiera prestado el apoyo de su malhadada influencia, jamás se habrian atrevido á sentar su planta en el territorio francés. No hay temor que nadie pueda decir otro tanto de las victorias conseguidas por los ejércitos de esta nación. Esas victorias han traído en pos de sí resultados reales que para nadie han sido dudosos, y sobre cuyo origen tampoco le ha sido dado á nadie establecer calumnias, porque con toda evidencia vió el mundo que eran fruto de la heroica intrepidez de los soldados y del esclarecido talento de sus generales. Jamás se vieron las filas de este ejército manchadas por la presencia de traidores que con sus viles artes ayudaran á conseguir la victoria. Siempre tuvo el ejército francés fuerzas suficientes en sus virtudes marciales, y en ningun caso debió sus laureles mas que al sublime impulso de su valor. Los que no saben batirse, los que no aspiran al honor de la victoria sino al botín de los vencidos, eson son los que

no tienen reparo en que la traición pueda erguir su frente á la sombra de sus banderas.

En el último pasaje importante de las *Misceláneas políticas*, sobre el cual vamos á hacer algunas reflexiones, el autor asegura que la Constitución otorgada por Luis XVIII conviene perfectamente á las dos opiniones que dividen la Francia, añadiendo que en ella se encuentran establecidas todas las bases de una libertad razonable; que los principios republicanos fueron tan sagazmente combinados en dicha Constitución, que á pesar suyo tienen que servir en provecho de la monarquía y que la organización de esta monarquía presenta una forma de gobierno en el que la política de nuestros padres puede conservar lo que tiene de venerable, sin tener por eso que ponerse en contradicción con el movimiento progresivo de los siglos. Nada de eso se nos oculta, y por otra parte nos preciamos de ser bastante amigos de la justicia para confesar que la Carta conviene efectivamente á todos los franceses. En ella encuentran cómodo lugar las nuevas ideas para seguir dando á las antiguas aquella dignidad que nace de la razón, al paso que estas reciben á su vez la magestad que el transcurso de los siglos comunica. Cada gobierno suele generalmente valerse de esta precaución al instituirse, y seria cosa en verdad muy rara verle dar principio á sus actos, desarrollando instituciones que no ofrecieran al pueblo todas las garantías que tiene derecho á exigir, ó que pueden lisonjear sus esperanzas. ¿Mas se podrá por eso decir que todos los gobiernos que se van sucediendo, y de los cuales no habrá ninguno que no haya á su vez prometido marchar por mejor senda que los anteriores, hayan cumplido fielmente los compromisos que contrajeron al establecerse? ¿Por ventura siguen literalmente el espíritu de la Constitución que les sirvió de programa, y en la que, segun ellos decían, iban sólidamente aseguradas la independencia y felicidad de todos los ciudadanos? ¿Por ventura no es lo primero que hacen el dejar en olvido al pueblo? y, si este no es mas esclavo y desgraciado que antes, ¿no tiene que contentarse con la eterna esperanza de las mejoras que le prometieron, esperanza que por no llegar nunca á cumplimiento es equivalente á una negativa, y en último resultado no hace mas que aumentar su desesperación? ¡Ah! El triste pueblo es siempre la última cosa de que se acuerdan los gobiernos, y solo por casualidad fijan espontáneamente en él su atención: esta es la verdadera razón de que el pueblo se vea de cuando en cuando obligado, digámoslo así, á dar señales de su existencia. No nos es dado recordar la circunstancia de que la Constitución dada por Luis XVIII haya conservado en tiempo de este monarca aquel equilibrio de igualdad que debe ser la salvaguardia de todos los intereses. Las turbulencias parlamentarias, de que ya hemos hablado, dan testimonio de la debilidad del monarca en no saberlas reprimir con la Constitución en la mano y del descontento y la ambición de los que le rodeaban. Y esas dimisiones ministeriales tan frecuentemente repetidas ¿podrá decirse que sean anuncio de un gobierno sólido, y que nada mas desea que seguir marchando por la senda de su deber? ¿Probarán acaso que la elección de ministros haya sido hecha con la prevision y medida convenientes? ¿No se echa cuando menos de ver, al fijar imparcialmente la atención en esas dimisiones, que habrá algun ministro que desciende de su eminente puesto, tan á propósito para halagar las ambiciones humanas, solo por no ceder al empeño superior que le queria obligar á cometer alguna prevaricación, y que para no llegar á verse en ese caso preferia el ministro la oscuridad y una buena conciencia á tener que violar sus juramentos? El gobierno de Luis XVIII no escitó ni mas ni menos que otro gobierno cualquiera quejas por parte del pueblo: no puede negarsele que en medio de sus imperfecciones, ó tal vez ha-

blando con mas propiedad, vicios, presentó algunas circunstancias buenas; y es seguro que no nos acordaríamos de él para criticarlo, si no fuera con objeto de contestar á esos hombres *satisfechos*, que á fin de justificar ó recomendar su desmesurado afecto hácia un príncipe, ó hácia unas instituciones les atribuyen méritos tan altamente exagerados, que uno se ve reducido tanto por el pudor como por el deber á rebajarlos para darles su verdadero valor.

Después de haber hecho un pomposo elogio del buen gobierno que se preparaba, el autor trata de inspirar seguridad á los que podrian llegar á temer que el rey concediera, por debilidad ó por cualquiera otra circunstancia, demasiada confianza á unos ministros poco dispuestos por espíritu de inveterada animosidad á labrar la felicidad de la nacion. Para eso el autor supone que la Francia tiene una idea ridícula y exagerada de la influencia de los ministros, y á fin de probarlo invoca la responsabilidad ministerial. Añade en seguida que las instituciones presentan una eficaz garantía contra la incapacidad de aquellos, y que el pueblo debe tener casi una completa seguridad de que solo los hombres mas distinguidos por sus talentos serán los llamados á dirigir el timon del Estado; porque un sugeto completamente nulo no podria ocupar bajo un gobierno representativo el elevado puesto del ministerio sin ser atacado por la opinion pública, y necesariamente tendria que bajar de la eminencia á donde no habria subido sino en alas del favor. De aquí deduce Mr. de Chateaubriand que la nacion está ya libre para siempre de esos ministros que ningun otro mérito pueden alegar mas que la intriga, y cuya ignorancia ha causado mayores vejámenes en los Estados que las faltas cometidas por los soberanos: sobre todo el autor no quiere que se pueda sospechar de la buena fe de los ministros, á quienes en lo sucesivo no será dable emplear ruines artificios en una nacion tan ilustrada y perspicaz como la francesa.

A nosotros nos parece deber contestar á Mr. de Chateaubriand diciéndole, que por el contrario el pueblo tiene una idea muy exacta y muy fundada acerca de la influencia que pueden ejercer los ministros; que teniendo estos todas las riendas del poder en su mano pueden, por mas que se diga, dirigir el movimiento segun mejor le acomode á su capricho, ó segun el falso punto de vista en que se hallen colocados. Su responsabilidad en la época que subió Luis XVIII al trono, era tan insignificante, pues no debemos olvidarnos que no habia aun ley alguna que la determinara, que no les habrian faltado ingeniosos subterfugios con que poder dar un colorido de inocencia á sus actos mas culpables, y burlar de todo punto el rigor de la justicia. Por otra parte ¿de qué manera la naturaleza de las instituciones que entonces regian hubiera podido servir de garantía contra su incapacidad? El rey que era el que nombraba á los que habian de encargarse como ministros del despacho de los asuntos ¿no podia padecer una equivocacion por lo tocante á la estension de los conocimientos de aquellos, ó por lo tocante á la sinceridad de sus opiniones políticas? ¿Qué luces le daban al monarca las instituciones vigentes para proceder con el criterio oportuno en la eleccion de lo que elevaba á tan alto puesto? ¿Creerá nadie que un monarca sea infalible en las elecciones que hace, ni en el juicio que forma acerca de las personas, ó acerca de su idoneidad? ¿No habrá alguna vez que siguiendó el impulso de ocultos designios se rodeará á propósito el monarca de personas poco perspicaces, ó que no sean susceptibles de hacerle útiles observaciones, ó de contrarestar sus proyectos? Por otra parte, si los ministros tienen la capacidad conveniente, ¿no podria el monarca sobornarlos?

Dice el autor en seguida que sería absurdo tener sospechas de la buena fe de los ministros en una nacion tan ilustrada y discreta como la Francia. ¡Ah! ¿Qué de ejemplos podriamos á costa de muy poca molestia citar, para desvanecer y refutar victoriosamente semejante aserto! No intentamos hacerlo porque tememos que la riqueza del asunto nos distrajera de la brevedad que nos hemos propuesto. Unicamente preguntaremos si por ventura no es á los ministros de Carlos X, á quienes por su mala voluntad y obstinacion somos deudores de las sangrientas jornadas de Julio. La nacion no habia perdido por cierto esas buenas cualidades que Mr. de Chateaubriand, tan justamente le atribuye: el pueblo era discreto, era ilustrado y sin embargo ¿pudieron esas circunstancias servirle de garantía para poner un dique á la audacia de aquellos temerarios prevaricadores ministeriales? La buena intencion es lo que establece la buena fe por parte de los ministros. Si no carecen de la conciencia de sus deberes, ó comprenden el honor que pueden adquirir no separándose nunca de ellos, entonces podrán ser útiles á la nacion á despecho de los obstáculos que acaso se les presentarán durante el formal ejercicio de sus funciones; mas si por el contrario, dejándose dominar de las pasiones políticas, ó cediendo á la torpeza de una rastrera codicia tratan de sacrificar á su torpe egoismo el interés público, ese depósito sagrado que juraron conservar lealmente, es de presumir que poniendo en juego su influencia, y los poderosos resortes de su alta posicion, podrán llevar á cabo sus péfidos designios casi sin aventurarse á correr ningun peligro, á despecho de toda la ilustracion y de toda la sensatez que adorne al pueblo sobre quien ellos estienden sus ávidas manos. ¿Quién ignora por otra parte que los malos ministros pueden encontrar cómplices hasta en el mismo trono, y que en tal caso afianzan completamente su impunidad?

Ya es tiempo de que pongamos término á las reflexiones que nos hemos propuesto hacer sobre las *Misceláneas políticas* de Mr. de Chateaubriand. Nadie debe extrañarse de la libertad y franqueza con que nos hemos expresado al hablar acerca de ellas; pues estamos convencidos que su mismo autor nos lo aprobaria, en la actualidad. Así estamos dispuestos á creerlo al ver que en su prefacio confiesa que en la época de agitaciones y turbulencias políticas en que escribió esta obra no habia oportunidad para pesar rigurosamente las palabras, y que mucho mas debia tratarse de obrar que de escribir, pues estaba ya al caer la hora de una batalla en que era preciso ganar en concepto de la opinion pública, ó resignarse al anatema que esta lanzaria sobre el partido que tuviera que humillar la frente. Por lo demás aunque este ilustre escritor bajó al sepulcro conservando ilesta la noble y generosa lealtad con que por tanto tiempo y con tanta gloria defendió los principios políticos que segun su modo de pensar eran los únicos que pudieran asegurar un brillante porvenir á su patria, es de presumir que si hubiésemos tenido la dicha de conservarlo hasta el presente, habria por último el espíritu de progreso conmovido su dilatada perseverancia. Al llegar á los límites de su mortal carrera era fácil adivinar, fijando atentamente la consideracion en los discursos que pronunciaba, que mas bien por deber que por efecto de una conviccion profunda defendia los principios que con tanta consecuencia venia sosteniendo desde su juventud. Si conservara aun la vida es probable que seguiria siendo siempre el amigo y el defensor de los Borbones; mas al propio tiempo no podria menos de ver como el cielo olvida y descuida la prosperidad de los vástagos de aquel antiguo tronco, dando á un Napoleon el cetro que ellos habian llegado á considerar como patrimonio de su raza.

FIN.

JN
.1
Ch